

La Cultura Política Entre lo Mediático y lo Digital¹

■ NÉSTOR GARCÍA CANCLINI*

*Perhaps I am afraid of losing Venice
all at once, if I speak of it.
Or perhaps, speaking of other cities,
I have already lost it, little by little*
(CALVINO, 1991: 82).

ABSTRACT

This text aims to discuss the complex communication system of a city where we have the confrontation between materials supports that built it, its images contaminated by rotation of town stereotypes and the imponderable interaction process made by daily uses who built values and behaviors.

Key words: city, media, images, interaction, communication

RESUMO

Este trabalho tem como objetivo o estudo da cidade como complexo sistema comunicativo onde se confrontam os suportes materiais que a constróem, sua imagem contaminada pela rotação de estereótipos de cidade e o imponderável processo interativo que se processa, através do uso cotidiano, e alicerça valores e comportamentos.

Palavras-chave: cidade, meio, mídia, mediação, comunicação

* Profesor Distinguido de la Universidad Autónoma Metropolitana e Investigador Emérito del Sistema Nacional de Investigadores.

¹ Conferencia magistral dictada en el Encuentro Nacional de Bibliotecas Populares de Argentina el 3 de mayo de 2007, en la ciudad de Buenos Aires.

¿QUÉ ENTENDEMOS HOY por cultura, por organización social y por ampliación de ciudadanía? Ninguna de estas nociones puede definirse de la misma manera que cuando se constituyeron los Estados nacionales en América latina, porque los procesos socioculturales cambiaron radicalmente. Tampoco pueden pensarse como cuando la cultura no incluía comunicación transnacional a través de satélites, computadoras, Internet, teléfonos celulares ni iPod. Ni podemos hacerlo como cuando las políticas culturales eran gestionadas principalmente por los Estados y encontraban en la escritura y la lectura, en la educación y la deliberación ciudadana en espacios públicos nacionales, las escenas de desarrollo.

Para percibir el desplazamiento ocurrido en el último medio siglo en el lugar social de la cultura conviene mirar el desarrollo de la modernidad “ilustrada”, que caracterizó a la cultura como un bien deseable para todos, que debía ser difundido ampliamente, explicado y vuelto accesible, en contraste con la concepción neoliberal que la sitúa como un conjunto opcional de bienes adquiribles a los que se puede o no acceder.

No vamos a olvidar que en todas las etapas de capitalismo un gran sector de los bienes simbólicos fue considerado como mercancía, sus expresiones más valoradas tuvieron sentido suntuario y los comportamientos culturales operaron como procedimientos para diferenciar y distinguir, incluir y excluir. No obstante, en el proyecto de la primera modernidad, sobre todo desde el giro que le imprimió el saber antropológico, se asignó valor cultural a la producción simbólica de todas las sociedades. Se quiso que -a través de la educación y luego de los medios- las manifestaciones juzgadas más valiosas fueran conocidas y comprendidas por todas las sociedades y todos los sectores.

Estoy describiendo el proyecto de la modernidad ilustrada. Sabemos que su realización fue deficiente, como lo muestran las investigaciones sobre la entrada desigual a la escuela y su aprovechamiento diverso por diferentes clases, sobre los dispositivos sociales que condicionan a los públicos para que vayan o no a las bibliotecas, los museos, los teatros, las salas de concierto y los medios masivos de comunicación. Si evoco aquí el proyecto incluyente de la modernidad temprana no es porque olvide la parcialidad de sus logros, sino porque al menos se aspiraba a que todos fueran incluidos.

¿Qué ocurría, en tanto, con la organización social moderna?

La búsqueda de la justicia y la democracia eran los objetivos de la participación ciudadana, y los Estados, como representantes del interés público, debían garantizar el ejercicio de los derechos. La formación de los ciudadanos y las disputas políticas ocurrían en la escena de la escritura. En cambio, ahora confrontamos dos nuevas modalidades de organización sociocultural y ejercicio

de la ciudadanía: a) el desarrollo mediático, que reordena los vínculos entre la lectoescritura, lo oral y lo audiovisual, tanto en la oferta de bienes y mensajes como en los hábitos culturales; b) la informalización del desenvolvimiento socioeconómico, político y cultural contemporáneo, que conduce a la desintegración estructural de muchas sociedades.

Una vasta bibliografía viene mostrando que el debilitamiento de los Estados modernos dejó al mercado, a un mercado global, dominado por gigantes corporativos privados, que compiten sin someterse a ninguna autoridad política, la organización de la sociedad. Lo social y lo cultural quedan reducidos, casi exclusivamente, a intercambios mercantiles en los que es difícil hacer valer los intereses ciudadanos.

A esta explicación socioeconómica sobre los cambios en la relación entre Estado y mercado, hay que agregar otras referidas a los modos en que ahora leemos y nos informamos. Ya no nos formamos como ciudadanos, como decíamos, principalmente a través de materiales escritos, sino mediante la televisión u otros recursos audiovisuales; vivimos desde hace décadas en lo que algunos llaman la videopolítica y otros la videocracia.

Pero ¿realmente se lee menos, o se lee de otra manera? Vamos a buscar la respuesta con información de estudios recientes efectuados en Argentina y México sobre la reestructuración de los hábitos culturales.

Si pensamos que leer es leer libros, revistas y diarios en papel, las cifras que presentan los países latinoamericanos son muy bajas. Los estudios reunidos en el Sistema Nacional de Consumos Culturales, publicado en 2006 por la Secretaría de Medios de Comunicación de la Presidencia de la Nación sobre la situación argentina, indican que 55.2% de la población afirma haber leído libros en el año anterior (19% más que en 2004), y el promedio de libros leídos anualmente fue de 4.5%.

En cuanto a otro tipo de publicaciones, contamos sólo con datos de 2005, según los cuales dice leer diarios 55.9%, y sólo un 29.2% las revistas. Son significativos, asimismo, los porcentajes de lectura de comics e historietas, la lectura y escritura en Internet, y el envío y recepción de mensajes de texto a través del celular.

Internet, por su parte, tenía en 2005, 40.9% de usuarios, y dado el ritmo de crecimiento de la red es posible suponer que en 2007 ya alcanza cifras semejantes a las de lectores de libros y diarios. Asimismo, la encuesta de 2006 revela un aumento en el uso de Internet para informarse, mayor en las grandes ciudades.

Casi 28% dice haber consultado textos de lectura por medio de Internet, y el porcentaje aumenta entre menores de 35 años y entre los de nivel socioeconómico alto y medio.

PROMEDIO DE LIBROS LEÍDOS

Entre los que afirman haber leído libros en dicho período, reconocen leer casi cuatro libros promedio al año. En definitiva un libro cada tres meses. Si se descompone tal promedio, se observa que la mayor parte (alrededor del 70%) leyó en el año entre 1 y 5 títulos y el restante 30% más de 5.

A su vez, una lectura más desagregada nos permite detectar que la lectura de libros aumenta con la edad, y nivel socio-económico.

Cantidad de libros leídos en los últimos 12 meses	Total	Sexo		N.S.E.			Edad				Región					
		Masc.	Fem.	ABC1	C2	DE	12-17	18-34	35-49	+50	AMBA	PAMP.	NOA	CUYO	NEA	PATAG.
PROMEDIO	3.9	3.9	3.9	4.8	4.5	3.3	3.0	3.3	4.8	4.5	3.5	3.8	3.2	4.4	4.8	4.5

Base: 2.974 casos (total encuestados)

También es interesante que, aun quienes no tienen recursos para comprar computadora, consultan Internet fuera de casa, especialmente en ciberlocutorios.

La información de México sobre consumos culturales en lectura y mensajes audiovisuales da resultados semejantes, y disponemos de datos más cualitativos para valorar los consumos gracias a la Encuesta Nacional de Juventud de 2005 y a la Encuesta Nacional de Lectura realizada en 2006. Encontramos que la computadora, Internet, el celular, la agenda electrónica, el Mp3 y los videojuegos están incorporados a los hábitos de 50 a 80% de los jóvenes. La posesión de esos recursos es mayor, por supuesto, en los niveles económicos altos y medios, pero también están familiarizados con los avances tecnológicos muchos jóvenes a través de los cibercafés, la escuela y la sociabilidad generacional. Quienes dicen que saben usar los recursos tecnológicos son más del doble de los que los tienen: 32.2% de los hombres tienen computadora y dicen manejarla 74%; la relación en las mujeres es de 34.7% a 65.1; poseen Internet 23.6 de los varones, en tanto 65.6% lo utiliza, y en las mujeres la distancia es mayor: de 16.8 a 55.9%.

La Encuesta Nacional de Lectura de efectuada en México en 2006 da resultados semejantes. Casi la tercera parte de los entrevistados dijo usar computadora (31.6%), y de este grupo tres cuartas partes (76.5%) emplea Internet. La práctica más frecuente se encuentra entre adolescentes y jóvenes, así como en quienes poseen educación universitaria, con promedios más elevados en las grandes ciudades.

LA DEMOCRATIZACIÓN MODERNA COMO ACCESO

Hay un cambio en lo que ahora entendemos por sociedad moderna. En siglos pasados aludía a Estados democráticos y participación ciudadana para buscar el mejoramiento del conjunto de la sociedad nacional.

En los primeros años del siglo XXI, la palabra modernidad va asociada con otros movimientos: viajar, comunicarse, intercambiar con el mundo. Los bienes, los mensajes y las personas deben circular globalmente y ser interesantes

en muchos mercados. Quiero destacar dos consecuencias de esta remodelación de lo moderno. Por una parte, lleva a que muchos aspectos en la gestión de la justicia y la democracia desborden la escena nacional y dependan de interdependencias transnacionales. Por otra, lleva a que percibamos poco eficaces a los partidos políticos y lo que los ciudadanos podemos hacer para modificar las desigualdades.

¿Qué hay que saber ahora para ser ciudadano? Decíamos que no alcanza con conocer la realidad del propio país, y que lo que recibimos como información no procede principalmente de libros, diarios y revistas. Hace dos años, en un artículo del diario El País se presentaba una encuesta entre jóvenes estudiantes españoles: les preguntaron ¿qué fue primero: el Imperio Romano o la Revolución Francesa? Más de la mitad de los alumnos contestó: “La Revolución Francesa”. Probé la misma pregunta con estudiantes mexicanos y también más de la mitad dijo que la Revolución Francesa había sido anterior o dudaba.

No dudamos de la importancia de esos dos antecedentes de nuestro derecho y nuestra ciudadanía. Pero ¿tenemos los profesores la misma capacidad de explicar a nuestros estudiantes los acuerdos de libre comercio que firmó nuestro país o que tiene en estudio, qué significarían para nuestra agricultura e industria, como generación y pérdida de empleos, en la ampliación o la retracción de la cultura y las comunicaciones de nuestra sociedad?

¿Sabemos los profesores cuál es la capital de Kazajistán y dónde queda ese país asiático que es uno de los principales proveedores de petróleo y gas a Europa, y por tanto clave en la satisfacción de necesidades de unos 300 millones de personas, en

LIBROS LEÍDOS

En cuanto a los libros leídos, se detecta una importante y heterogénea dispersión de títulos. Un dato salta a la vista: Al menos hasta el momento los argentinos carecen de libros emblemáticos que lo distingan y caractericen. Y esa sí, es una asignatura cultural pendiente.

La Biblia	5,3%
Harry Potter	3,6%
El Alquimista	3,5%
El Código da Vinci	1,6%
Martín Fierro	1,5%
El camino de la felicidad	1,5%
El señor de los anillos	1,5%
Cien años de soledad	1,3%
Argentinos	1,2%
El camino de las lágrimas	1,0%
Historia integral de la Argentina	1,0%
Mi planta de naranja lima	1,0%
Crónica de una muerte anunciada	0,9%
Rayula	0,9%
El Diego	0,9%
El Tunel	0,9%
Once minutos	0,8%
Relato de un naufrago	0,8%
El camino del encuentro	0,8%
El camino de la autodependencia	0,8%

Base: 1.382 casos (los que leyeron libros)

ESCRITORES MENCIONADOS

En referencia a la pregunta sobre el nombre del autor del libro leído el dato más relevante, frente a la gran dispersión de nombres, es que: El 61.9% no pudo o supo mencionar al escritor.

Paulo Coelho	5,9%
Jorge Bucay	5,8%
Gabriel García Márquez	4,6%
Isabel Allende	2,0%
Ernesto Sábato	1,6%
Jorge Lanata	1,6%
Pablo Neruda	1,4%
Julio Cortazar	1,4%
José Hernández	1,2%
J.K. Rowling	1,1%
J.R.R. Tolkien	1,1%
Félix Luna	0,9%
Agatha Christie	0,8%
Dan Brown	0,7%
Jorge Luis Borges	0,6%

Base: 1.382 casos (los que leyeron libros)

la estabilidad e incertidumbre de los mercados de hidrocarburos y financieros, y en consecuencia en el desarrollo futuro del mundo, incluida América latina? ¿Sabemos cómo es la fiesta más importante de los bolivianos que viven en Buenos Aires -un millón de migrantes, lo que hace a Buenos Aires la segunda ciudad boliviana-, o lo sabíamos antes de ver la película Copacabana? ¿Cuántos argentinos todavía piensan que Copacabana sólo es una playa de Brasil? ¿Conocemos los profesores y maestros que significan y cómo funcionan el MP3, el GPS, las fusiones entre las empresas editoriales, de telecomunicaciones, de producción de discos y videos, o sea los instrumentos tecnológicos que hoy hacen visible lo que ocurre en el mundo, los recursos audiovisuales que organizan el trabajo, las relaciones de poder y las nuevas formas de control social y

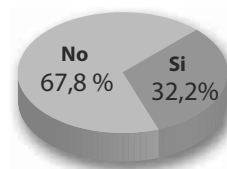
comunicacional?

Hay que agregar que las diferencias generacionales y entre maestros y alumnos, no son sólo de manejo de contenidos informativos, sino en los estilos de acceso y uso de la información. Cuándo queremos preparar un trabajo ¿buscamos la información en libros, revistas o en Internet?

Volvamos a la necesidad de conocer el pasado para actuar en el presente. ¿Por qué le damos importancia a que los estudiantes sepan que el Imperio Romano fue anterior a la Revolución Francesa? En parte, por una exigencia de rigor en el conocimiento histórico, y también porque suponemos que hubo evolución de un acontecimiento a otro, en lo cual estaría en juego el sentido contemporáneo de la organización social y la ciudadanía.

Sin embargo, dos procesos tienden a debilitar la relación con la historia. Uno es la mayor dependencia de nuestras conductas y decisiones de lo sincrónico que de lo diacrónico por la reestructuración

LECTURA DE COMICS/HISTORIETAS



tecnológica, económica y cultural del orden social. El otro factor es que, mientras las sociedades se reorganizan para hacernos consumidores del siglo XXI, la reducción de beneficios sociales y la concentración de las decisiones en herméticas élites tecnocráticas, nos retrotraen a ser ciudadanos del siglo XVIII: somos consumidores globalizados, pero apenas si nos dejan ser ciudadanos de lo local.

LA INFORMALIDAD COMO DESINTEGRACIÓN

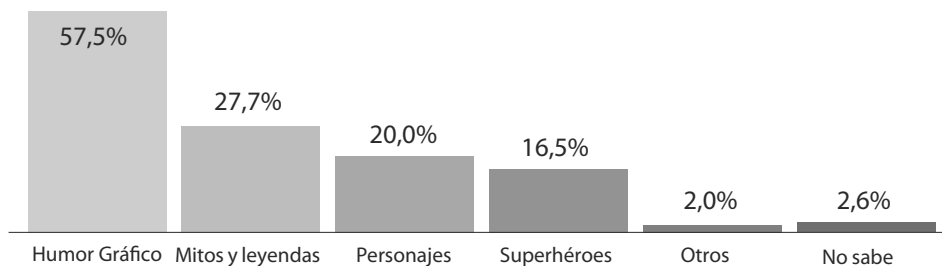
Esto tiene consecuencias sobre la valoración del tiempo histórico y la desintegración de las sociedades por la informalización. Quiero analizar este giro hacia un presente efímero tal como aparece en algunos estudios sobre culturas juveniles.

Voy a apoyarme en algunos resultados de la Encuesta Nacional de Juventud realizada en México en 2005, que muestra resultados semejantes a los de otras sociedades. Uno de los reactivos empleados por los entrevistadores fue la frase “el futuro es tan incierto que es mejor vivir al día”. La mitad de los encuestados dijo compartir el sentido de esa afirmación, y el mayor número de desilusionados con lo que está por venir se encontró en zonas rurales (65.9%) y en estratos bajos (54.5%).

Suele verse este “presentismo”, o pérdida del sentido histórico y utópico, en conexión con los rasgos estilísticos de la sensibilidad mediática: predominio de las películas de acción y de efectos relampagueantes sobre las narrativas de largo plazo; la intensidad de la comunicación instantánea posibilitada por Internet; la obsolescencia planificada de los productos y mensajes; la fugacidad de las modas, la información y las comunicaciones en los chats.

Sin duda, la gestión mediática y mercantil del tiempo empobrece la experiencia del pasado y las fantasías sobre el futuro, subordinándolos al presente. Pero los materiales de esta encuesta revelan que la preferencia -o la resignación- por “vivir al día” tienen un soporte en las condiciones básicas de vida de

TIPO DE COMICS/HISTORIETAS QUE LEE



las nuevas generaciones. ¿No es coherente la sobrevaloración del momento en quienes deben aprender, más que en cualquier etapa anterior, que los trabajos son precarios y a veces reducidos a oportunidades “eventuales”? Son los jóvenes quienes experimentan más severamente la inestabilidad laboral y la exposición a riesgos poco previsible. Cuando logran durar en una empresa, se les exige ser flexibles y renovar incesantemente la calificación técnica. Si les va bien y quieren invertir, o si comprenden que el futuro de sus empleos está ligado no tanto a la lógica de la producción y las necesidades sociales sino al vértigo de la especulación financiera, también son llevados constantemente a descreer de las estructuras y los procesos de larga duración.

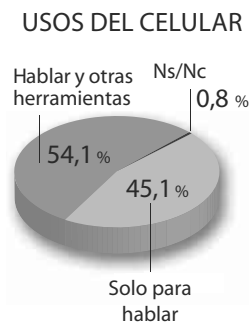
Las dificultades para conseguir trabajo, la fragilidad de los empleos y la deserción escolar conducen a la desesperanza respecto de lo que puede obtenerse de la esfera pública regida por leyes. Los jóvenes consiguen trabajar “por un amigo” (31.6%), porque un familiar los contrata o les consigue dónde hacerlo (37.1%). Altos porcentajes de los jóvenes descreen de la participación política, aprueban el no pagar impuestos y “hacer justicia por su propia mano” en vista de que las autoridades no castigan a los culpables.

Si los recursos para sobrevivir o prosperar se logran usando los mapas informales de la vida social, no sorprende hallar conductas semejantes en los usos de su dinero para consumir. Se está volviendo “normal” acceder a los bienes materiales y simbólicos apelando a vías ilegales, o al menos no incluidas en la organización “oficial” de la sociedad. Los mercados informales proveen los bienes necesarios y deseados en porcentajes varias veces mayores que las tiendas formales y los centros comerciales. Música, ropa, libros y películas se obtienen más baratos en los puestos de ventas piratas y en Internet.

PARA QUÉ SIRVE LA PIRATERÍA

Es interesante contrastar esta perspectiva, extendida entre los jóvenes, con otras dos concepciones operantes a propósito de la circulación irregular de bienes culturales. En los cines de México suelen proyectarse antes de la película cortos en los que las empresas condenan la piratería de películas: un breve relato muestra a padres que llevan a la casa un video “ilegal” y a un hijo que aprovecha para negarse a estudiar aduciendo que ya consiguió los resultados “piratas” del examen. En varias salas, cuando aparece la admonición final: “¿Qué le estás enseñando a tus hijos?”, escuché la misma broma de algún adulto: “A ahorrar”.

Tenemos tres miradas sobre la piratería: a) la de



la empresa cinematográfica que la descalifica moralmente equiparando la copia ilegal de la película con la copia de un examen (equivalencia entre la lógica comercial y educativa que sería fácil cuestionar); b) la de los adultos que ironizan el moralismo del mensaje empresarial con la alusión a una conducta virtuosa -ahorrar-, recurso de mejoramiento económico a largo plazo en épocas de estabilidad financiera; c) las risas o indiferencia de los jóvenes, que ven indulgentemente las compras piratas como un modo de revertir las desigualdades de acceso en el consumo inmediato. Frente a quienes defienden como legal un orden económico que los beneficia y discrimina a amplios sectores (los empresarios culturales), ante “el público” que denuncia con ironía esa contradicción en nombre de una ética de la acumulación paciente, a largo plazo, mediante el ahorro, las prácticas juveniles utilizan de modo combinado recursos formales e informales, legales o no legales, para concretar su aspiración a conectarse, informarse y entretenerse ya mismo. La modernidad y la democratización, repensadas como capacidad de acceso a bienes globalizados, aparecen viables más a través de recursos informales, y aun ilegales, que como resultado de una reestructuración más justa del orden social.

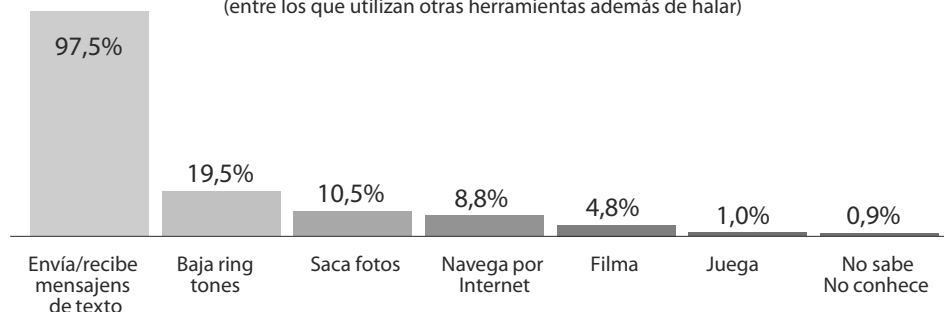
Lo que legitima para muchos jóvenes el uso de recursos o procedimientos no legales es la obtención de bienes que la organización legal o formal de la sociedad vuelve inaccesibles. Legalidad y legitimidad se separan. La pregunta que surge es cuánta ilegalidad, o conflicto de legitimidades no legalizadas, puede soportar una sociedad sin destruirse.

Llama la atención, asimismo, la ruptura entre dos campos sociales que la modernidad ilustrada vinculó: la educación y el trabajo. En la valoración de la mayoría de los jóvenes, la escuela se presenta como un espacio para adquirir conocimientos y amigos, y, muy por debajo, para “conseguir trabajo” o “poner un negocio”. “Ganar dinero” no aparece como resultado de las competencias proporcionadas por la educación.

Las modalidades de acceso a la educación y la cultura no corresponden

TIPOS DE USOS DEL CELULAR

(entre los que utilizan otras herramientas además de hablar)



a lo que se suponía propio de la organización moderna de la sociedad: por un lado, porque la democratización o socialización de las comunicaciones no es igualitaria; por otro, porque la mayoría, como dijimos, alimenta su consumo con videos, discos y software piratas, y los contenidos que buscan a través de esos medios, como en el uso de la radio y la televisión, muestran desinterés hacia los temas y la información políticas.

La distinción socioeconómica y cultural entre los jóvenes ya no se organiza sólo por referencia a los bienes más durables, ni al capital familiar (calidad de la vivienda y barrio donde viven). El universo cultural de los jóvenes ha pasado del comedor o la sala a la recámara personal en los sectores medios y altos. Como observa Roxana Morduchowicz, se transformaron los vínculos familiares y la propiedad de los medios: dejaron de ser “de la familia” y pasaron a ser “del hijo mayor”, “del hijo menor”, “de la hija”, “de la madre” o “del padre”. Dado que esta posesión personalizada, cuando se trata de aparatos portátiles (celulares, discman, iPOD), permite trasladar los signos de distinción a las interacciones públicas o entre amigos, el equipamiento individual se vuelve un recurso de acceso personalizado a la información y el entretenimiento, y un marcador de clase que cada uno lleva consigo a múltiples escenarios.

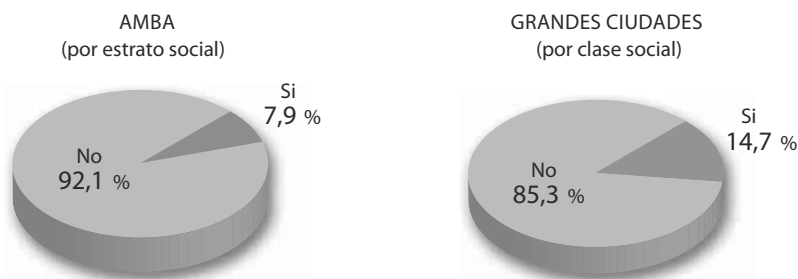
¿QUÉ ES HOY EMANCIPARSE?

Los jóvenes de clases media y alta son los que gozan de mayor autonomía personal, accesos intensos y flexibles a información y entretenimiento más diversificado, interactividad mediática y posibilidad de independizarse de los mayores. Leí en una investigación española: “Hace 20 años los padres controlaban el 90% del ocio de sus hijos, ahora no saben qué hacen la mayor parte del tiempo” (Gómez y Abril, 2006). Quizá las tecnologías de uso personalizado sean hoy el principal resorte emancipador de los jóvenes.

Antes los jóvenes se emancipaban a través del trabajo, el estudio y el matrimonio. Estos tres ámbitos implicaban modos de participar en la sociedad y desempeñarse como ciudadanos en relación con la producción, el conocimiento, la vida familiar y la reproducción de la organización social. Ahora, para muchos, las vías preferentes son la conectividad y el consumo.

En los comportamientos de los jóvenes se manifiesta una reorganización radical de lo que veníamos entendiendo por modernidad. Vemos aumento de la información y las interacciones con baja integración social, aceleración de los cambios con empobrecimiento de las perspectivas históricas respecto del pasado y el futuro, combinación asistémica de recursos formales e informales para satisfacer necesidades y deseos a escala individual o grupal. La fascinación por el acceso y los intercambios le gana a la memoria y la proyección al futuro.

USO DE INTERNET PARA INFORMARSE



En consecuencia, disminuye el papel de la institucionalidad que organizó la primera modernidad -las escuelas, los partidos políticos, la organización legal y la continuidad del espacio público- en beneficio de los arreglos transitorios, la apropiación flexible de recursos heterogéneos en el mercado laboral y en los consumos.

Por una parte, encontramos mayor interés por la diversidad y la innovación momentáneas, o por la simple subsistencia diaria, que por la estabilidad y el orden. Por otra, esta descomposición de la institucionalidad moderna se manifiesta en el predominio de los arreglos informales y los recursos ilegales en los arreglos cotidianos. La noción de informalidad, que nació hace cuatro décadas para dar cuenta de irregularidades y explotaciones sin reglas en los mercados de trabajo, y que ahora vemos operando en el campo del consumo, resulta necesaria para comprender también otras áreas de la vida social. Por ejemplo, la política, donde hallamos una convergencia entre el crecimiento de procedimientos informales o ilegales (corrupción, clientelismo, linchamientos, negociaciones ocultas, videos que develan estos actos en los medios más que en la justicia o en instituciones formales) y el descrédito de los partidos, el Congreso y otras instancias de gestión formal de la vida pública nacional (política, sindical y judicial). Con frecuencia los medios, especialmente la televisión, buscan complacientes la construcción de la persuasión y la “legitimidad” usando recursos ilegales. La captura de un político que lavó dinero o recibió apoyos ilegítimos es exhibida menos como parte de un proceso de corrección de las deficiencias que como un informante para desprestigiar a los adversarios.

En las estrategias de sobrevivencia, amplios sectores recurren a procedimientos, personas o redes “irregulares”. La noción de informalidad se vuelve significativa en el conjunto de la trama social. Esta categoría, que nació como designación residual para lo que se caía de la sociedad formalmente organizada, se amplió hasta abarcar a sectores tan heterogéneos como las pequeñas empresas y los comercios domésticos ilegales, los vendedores callejeros, los niños

D

y adolescentes que ofrecen servicios o mercancías en las esquinas, músicos en el metro, cartoneros y recicladores de desechos, artesanos no agremiados (o sea la mayoría), taxis sin licencia, productores y vendedores de discos y videos piratas, revendedores de entradas para espectáculos y cuidadores espontáneos o amafiados de coches en concentraciones deportivas, y muchos otros sectores que actúan en grupos familiares o en redes que “organizan” los circuitos de la vida social.

Hay que destacar, pese al aspecto caótico que presentan estas actividades, su papel organizador de la sobrevivencia cotidiana, los recursos que proveen a familias excluidas de la economía formal, a migrantes y jóvenes que no encuentran dónde trabajar. A veces llegan a conformar microempresas, con mecanismos de acumulación, redes de cooperación y poder, que negocian con los poderes públicos o con instituciones de la economía formal espacios, tolerancia policial y negocios combinados: “legitiman”, así, las operaciones informales, y entrelazan lo legal y lo ilegal. Después de décadas de este abigarrado crecimiento cómplice entre gobiernos, redes y mafias, entre empresas legales y circuitos dispersos de sobrevivencia, la reproducción social y la gobernabilidad, o la simple subsistencia del país y de muchas ciudades, ha cambiado de sentido. ¿Cómo construir con tantas irregularidades sociedades gobernables? Un tratamiento más amplio de estas cuestiones requiere correlacionarlas con los movimientos que debilitan la esfera pública y confían al mercado la coordinación de los procesos sociales.

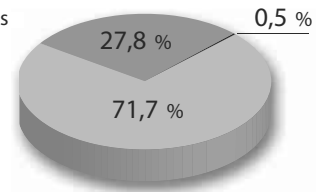
No veo manifestación más elocuente de esta transformación que el cambio de signo de las muertes violentas. Muchos países latinoamericanos, desde Argentina, Chile y Uruguay hasta Guatemala y El Salvador, pasando por Brasil, Perú y Colombia, registraron cada uno miles de asesinatos y desapariciones entre los años sesenta y ochenta del siglo pasado en las guerras políticas y sociales. En los años recientes, los miles de asesinatos que ocurren en Brasil, El Salvador, Guatemala, México y otros países son principalmente resultado de secuestros y enfrentamientos entre cárteles de narcotraficantes, ejércitos y policías a menudo entremezclados con ellos, y sólo en Colombia presentan un resto de apariencia política debido a la confusa imbricación de la lucha político-guerrillera y narcodelincuencia.

Un sociólogo brasileño, Teixeira Coelho, refiriéndose a la rebelión de delinquentes que tomaron Sao Paulo

CONSULTA DE TEXTOS ATRAVÉS DE INTERNET

Casi un 28% reconoce haber consultado textos de lectura via internet. Los que en mayor medida sobresalen por poseer este hábito son los menores de

35 años y los de nivel socio-económico alto y medio.

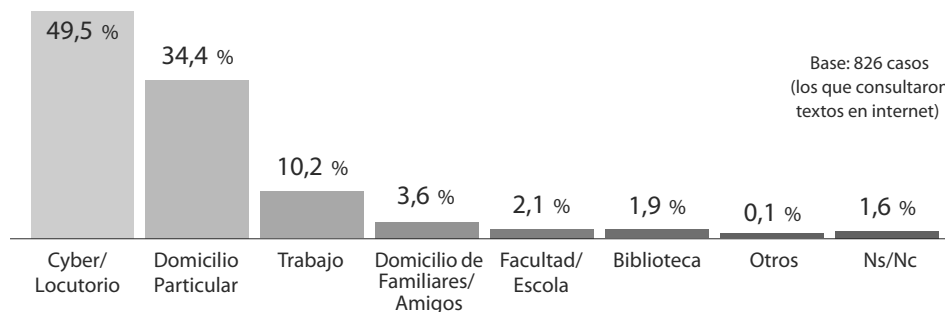


durante varios días en mayo de 2006, mataron a 272 personas, incendiaron más de 80 ómnibus y atacaron unos 150 puestos policiales, destaca el vacío y el silencio que impusieron en la ciudad. Lo compara con los riesgos de las calles durante la dictadura militar, hace 40 años. “En ciertas noches de 1964 y, después, de 1968 y, después, de 1970 y 1971 y 1972, nos quedábamos en casa para evitar a la policía política. Pero éramos apenas un puñado los que teníamos motivos para temer de la policía política: el resto de la ciudad, el enorme resto de la enorme ciudad salía a las calles normalmente para hacer sus vidas normales. En aquella noche de lunes, 15 de mayo, sin embargo, no había nadie en las calles. Antes, sólo había “oído” un silencio igual en el medio de la Amazonia, en una piragua con la que había ido río adentro con otra única persona a bordo, su dueño, que remaba lentamente: a diez minutos de distancia del puerto improvisado en medio del río Negro, de donde habíamos partido, no se oía sonido alguno, nada, ningún grito de pájaro, ningún rumor del agua, ningún insecto, ningún animal, ningún ruido del follaje, nada de nada, sólo un silencio absoluto que caía como un manto espeso sobre todo. Silencio irreal. No sabía hasta entonces que la selva podía ser tan silenciosa. No sabía que una ciudad de 15 millones de personas podía quedar tan silenciosa. Nadie en las calles, nadie en las ventanas. Mi primera reacción, recordando el silencio de la selva, fue decir que habíamos vuelto a nuestra condición primitiva, a la animalidad. Pero, claro, era una comparación indebida, el silencio de la selva no tiene ese sentido; aquella noche de lunes, habíamos vuelto a la condición más básica de la humanidad en estos trópicos de subdesarrollo continuo, sostenido y acelerado: la barbarie, ahora dentro de los muros de la ciudad, ya no solo a sus puertas. Y percibo entonces el límite de la vida en la polis, el límite de la política: el silencio.” (Teixeira Coelho, 2006: 8-9).

LECTURA Y VIDEODEMOCRACIA

LUGAR DESDE EL CUAL SE REALIZA LA CONSULTA

Casi la mitad de los argentinos accede a través de un Cyber/locutorio, y alrededor de un 35% desde su propia casa o un 10% desde el trabajo.



D

Sin embargo, la intensificada presencia de mensajes mediáticos en las casas, los medios de transporte, los centros comerciales y cualquier lugar donde pueden sonar los celulares, nos aleja del silencio.

Quiero profundizar, en una vertiente complementaria, este análisis con el material obtenido en la Encuesta Nacional de Lectura realizada en México en 2006. Decíamos al comienzo que gran parte del debate moderno sobre justicia, derechos y democracia estuvo centrado en interacciones socioculturales desplegadas en la escena de la escritura. Los estudios actuales sobre comunicación y sobre políticas culturales, por ejemplo los impulsados por la UNESCO y CEPAL, destacan el papel de la brecha entre la cultura letrada y la audiovisual-digital como factor generador de desigualdades.

Los maestros suelen hablar de un divorcio o un cortocircuito entre la escuela y la lectura, y, por otra parte, el mundo de la televisión, el cine y otros entretenimientos audiovisuales. Las encuestas que contrastan el tiempo que los niños y los jóvenes destinan a leer en comparación con las horas diarias que pasan frente a la televisión parecen confirmar ese desencuentro como una sustitución.

Esta visión antagonica entre lectura y tecnologías audiovisuales es replanteada desde hace varios años, tanto en los estudios sobre cultura como en los que se hacen sobre comunicación. Comienza a cambiar, también, la concepción de la escuela y la interacción de la lectura con la visualidad. El punto de partida es averiguar cómo conviven ahora la cultura letrada, la cultura oral y la audiovisual. Efectivamente, los saberes y los imaginarios contemporáneos no se organizan, desde hace al menos medio siglo, en torno de un eje letrado, ni el libro es el único foco ordenador del conocimiento. (Martín Barbero, 2002; Morduchowicz, 2004).

Las pocas preguntas formuladas por los encuestadores acerca del uso del tiempo libre y de lugares no tradicionales para la lectura y la escritura (café Internet, trabajo) obligan a no ver la secuencia lectura-libros-escuela-aprender ser culto de forma cerrada. Se usa la capacidad de leer no sólo para libros y revistas sino en pantallas, no sólo para cultivarse (en el sentido escolarizado) sino para elegir espectáculos, formarse como deportista o como mujer, saber qué música se escucha, qué hay en la televisión y los cines, escribir correos electrónicos o chatear. Y también para obtener y transmitir información alternativa.

Quiero sugerir que, así como en los años noventa, los estudios sobre sociología política y de la comunicación descubrieron la importancia de la videopolítica, debemos prestar ahora más atención a otros modos de informarse, comunicarse y participar socialmente que se sitúan en las nuevas escenas digitales de la lectura. Así como las políticas culturales no pueden ser ya sólo

gutemberguianas, desubicadas en relación con los lugares y medios donde la mayoría se informa y entretiene, no es posible centrar el debate sobre la democratización social sólo en la comunicación escrita. Ni tampoco en la manipulación televisiva. Una mirada hacia los nuevos modos de leer y comunicarse revela que no se lee tan poco, ni menos que en el pasado. Se venden menos periódicos, pero centenares de miles los consultan diariamente en Internet. Disminuyen las librerías -hay que preocuparse y elaborar políticas más eficaces para darles sustentabilidad, sobre todo a las especializadas-, pero aumentaron los cibercafés y los medio portátiles de mensajes escritos y audiovisuales.

Por supuesto, no quiero incurrir en una idealización fácil de la ciberciudadanía como solución mágica a la pérdida de representación de los partidos políticos y creadora de solidaridades horizontales. En ocasiones, la comunicación alternativa por mail o celular ha servido para organizar reuniones contra las cumbres globalizadoras o contra penas de lapidación impuestas a mujeres en África. La contrainformación por celulares entre centenares de miles de ciudadanos españoles logró desautorizar la manipulación del gobierno y el PP, que atribuían los atentados de Atocha a ETA (y presionaron a la prensa, la radio y la televisión para que lo transmitieran), y convocar a manifestaciones masivas de impugnación al gobierno de Aznar. Pero también las narcomafias organizan desde las cárceles, a través de celulares, los secuestros y ataques urbanos en Sao Paulo, Río de Janeiro, México DF, Tijuana y en decenas de ciudades latinoamericanas.

PREGUNTAS FINALES


Este texto apenas se propone esbozar las condiciones socioculturales a partir de las cuales es necesario reconsiderar el sentido posible de la justicia, la democracia y la ampliación de la ciudadanía en una época globalizada y postgutemberguiana. Sintetizo la información sobre la importancia que adquieren en los nuevos hábitos culturales la digitalización deslocalizada de la comunicación cultural y la informalización desestatalizada de las interacciones sociales, económicas, políticas y culturales. No haber hecho un videoclip o una página web con este trabajo (aunque no me niego a que se hagan), sino una conferencia escrita y leída en el marco de una reunión de bibliotecarios sugiere cierta confianza todavía en los poderes de la escritura.

Por eso, viejas preguntas surgidas de la ciudad letrada me siguen pareciendo significativas. ¿No hay algo que se pierde irreparablemente cuando se desconoce la información razonada de los diarios y se prefieren los clips rápidos de los noticieros televisivos, o cuando los libros son reemplazados por la consulta fragmentaria en Internet? ¿No ofrecen los libros una experiencia más densa de

D

la historia, de la complejidad del mundo, que la espectacularidad audiovisual o la abundancia fugaz de la informática? ¿Qué queda en las interconexiones digitales, en la escritura atropellada de los chateos, de lo que la lengua sólo puede expresar en la lenta elaboración de los libros y la apropiación paciente de sus lectores? En suma, podemos vincular este debate sobre las nuevas escenas de la democratización cultural y la comunicación política con el otro asunto planteado: la informalización de la vida socioeconómica y cultural junto con el desvanecimiento de los Estados nacionales. En los análisis actuales sobre políticas culturales, aun muchos autores sensibles a la transnacionalización de la cultura y su reubicación en procesos comunicacionales mediáticos, siguen reivindicando el papel del Estado como garante del interés público, de la pluridad informativa dentro de cada nación y facilitador de un acceso más democrático a los bienes sociales y culturales (Balibar, 2002; CEPAL-IIDH, 1997; Miller y Yúdice, 2002).

Así como se argumenta sobre el papel indispensable de los Estados en la defensa de la biodiversidad y frente a las amenazas ecológicas, los estudios recientes sobre la recomposición globalizada de las industrias culturales sostienen que los poderes públicos nacionales -y también regionales, como en la Unión Europea- tienen responsabilidades en la promoción de la cinediversidad y la bibliodiversidad. Para ello se requieren programas de apoyo a la producción cultural endógena de cada nación y la protección de la propiedad intelectual, tareas que siguen siendo de competencia de los Estados y de los organismos intergubernamentales.

Soy de los que piensan que hay que preservar y seguir cultivando lo que los libros representan como soportes y vías de elaboración de la densidad simbólica, la argumentación y la cultura democrática. Pero no veo por qué idealizar, en abstracto, generalizadamente, a todos si al preguntar a los lectores sobre su libro favorito, como se hizo en la encuesta mexicana sobre lectura, 40% no sabe cuál es y entre los mencionados sobresalen libros de autoayuda o esoterismo como el Código Da Vinci. No basta promover la lectura; hay que enseñar a leer. No basta promover la lectura en papel; debemos todos aprender a leer en los distintos soportes, cambiando las posibilidades de ser a la vez lectores, espectadores e internautas. 

BIBLIOGRAFÍA

- BALIBAR, Étienne. *Nous, citoyens d'Europe? Les frontières, l'Etat, le peuple*, Éditions La Découverte, París, 2002. (Nosotros, ¿ciudadanos de Europa?: las fronteras, el Estado, el pueblo, Tecnos, Madrid, 2003).
- GARCÍA CANCLINI, Néstor. *Culturas híbridas*, Paidós, Buenos Aires, 2001.
- DIFERENTES, desiguales y desconectados: mapas de la interculturalidad, Gedisa, Buenos Aires, 2004.
- GOLDIN, daniel (ed.), *Enuesta Nacional de lectura, México, CONACULTA-UNAM, 2006*.
- INSTITUTO DE LA JUVENTUD, Encuesta Nacional de Juventud 2005, México DF, 2006.
- MARTÍN-BARBERO, Jesús. *La educación desde la comunicación, Enciclopedia Latinoamericana de Sociocultura y Comunicación, Grupo Editorial Norma, Argentina, 2002*.
- MILLER, Toby y Yúdice, George. *Política Cultural, Barcelona, Gedisa, 2004*.
- MURDUCHOWICZ, Roxana. *El capital cultural de los jóvenes, Fondo de Cultura Económica, Argentina, 2004*.
- LOS JÓVENES Y LAS PANTALLAS, inédito, 2006.
- PÉRES LUÑO, Antonio-Enrique. *¿Ciberciudadani@ o ciudadanía.com?*, Gedisa, España, 2003.
- SECRETARÍA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN, Presidencia de la Nación, Sistema Nacional de Consumos Culturales, Buenos Aires, agosto de 2005, tomos 1 y 2.
- TEIXEIRA COELHO, José. "La ciudad como selva", *Punto de vista*, 85, Buenos Aires, agosto 2006.